

JESÚS: VIVO EN EL CIELO

(EL TESTIMONIO DE SAULO/PABLO)

David Roper

Los once apóstoles fueron reprendidos personalmente por el Cristo resucitado por «su incredulidad y dureza de corazón» (Marcos 16.14), pero ellos hicieron un cambio repentino. Llegaron a estar tan completamente convencidos de que habían visto el cadáver de Jesús andando y hablando —bastante vivo— que llegaron a ser mártires por su nueva fe.

También está el «abortivo» (1^{era} Corintios 15.8), el cual al comienzo era un violento perseguidor de cualquiera que llevara el nombre de Cristo, respirando amenazas y muerte (Hechos 8.1; 9.1–2; 22.4–5; 26.9–11). Pablo no vio a Jesús durante los cuarenta días que Éste estuvo en la tierra después de Su resurrección, pero su relato es tan increíble como el del cadáver que había vuelto a vivir. Afirmó haber visto a Jesús en una deslumbrante luz en el cielo, y haberlo oído hablar (Hechos 9.3–6; 22.6–11; 26.13–18).

Si Pablo en realidad vio a Jesús y lo oyó hablar, entonces Jesús no estaba muerto: Había resucitado del sepulcro y había ido al cielo. Si la supuesta visión celestial puede ser corroborada, entonces la prueba contundente de un incrédulo sustenta la resurrección de Jesús. Una visión celestial parece casi tan extraña y tan absurda como el relato acerca de un cadáver que vive otra vez. ¿Tiene alguna validez lo que Pablo afirmó?

¿Fue alucinación?

¿Fue Pablo víctima de alucinación? Esta es una posibilidad que se desmorona cuando uno recuerda cuán resuelto y decidido era Pablo. Los psicólogos dicen que las alucinaciones por lo general son inducidas por sugestión. No obstante, en el caso de Pablo, cualquier sugestión en su mente habría sido totalmente opuesta a la que le llevó a ver a Jesús. Odiaba incluso el nombre de Jesús, creía que Este era un impostor, y estaba en una misión de búsqueda de más seguidores de Jesús, con el fin de detenerlos, encarcelarlos y matarlos. Por lo tanto, psicológicamente, Pablo jamás estuvo encaminado a ver a Jesús. La idea

de una experiencia de fantasía en el caso de Pablo, no tiene sentido.

¿Fue trastorno mental?

Si el engaño mental y el poder de la sugestión no explican la experiencia de Pablo en el camino a Damasco, ¿habrían trastornado su mente las muchas letras? Este fue el diagnóstico de Festo (Hechos 26.24). El que un hombre con una mente desequilibrada hubiera sido capaz de escribir trece o catorce de los más excelentes libros del mundo, ¡no constituye buena fama para mentes equilibradas! Sería una enfermedad mental de la que jamás se haya oído, la que le habría permitido a un hombre motivar a una vida recta a más gente que cualquier otro hombre lo haya hecho, excepto Jesús mismo. Si Festo estaba en lo correcto, ¡entonces es más demencia lo que necesitamos! Sea cual sea la explicación correcta para una supuesta visión a la luz del día en una carretera pública, una mente errática no parece ser una opción válida en el caso de Pablo.

¿Fue engaño de los cristianos?

Si ni la alucinación ni la demencia constituyen explicación razonable de lo que Pablo vio, ¿qué la constituye? ¿Fue Pablo sencillamente engañado por los cristianos? Aun tal insinuación es una calumnia contra los cristianos, pues estos no tenían por costumbre andar engañando a la gente. La misión de ellos era seguir a Aquel que afirmaba ser la personificación de la verdad (Juan 14.6).

Además, un obstinado Pablo no hubiera prestado oído a cristiano alguno si este hubiera tratado de confundirlo. Pablo cuidó las ropas de los que apedrearon a Esteban, y dio testimonio para hacer que otros murieran. Aún más, no había cristianos en la compañía de Pablo cuando el extraño evento en cuestión ocurrió.

¿Fue un engaño deliberado?

¿Será posible que Pablo sencillamente inventara el cuento de una visión celestial? Esta

es una teoría que uno descarta apenas se da cuenta de lo que Pablo perdía por mentir: 1) Su porvenir se había echado a perder. Antes de hacerse cristiano, él había estado en camino a convertirse en un eminente rabino de Israel, del mismo renombre de su profesor Gamaliel. Esta fue una oportunidad que perdió al hacerse cristiano. 2) Se rompió la relación con sus familiares y parientes israelitas, a quienes él quería profundamente (Romanos 9.1–3; vea 10.1–2). 3) Su vida agradable quedó atrás, porque el perseguidor se convirtió en perseguido, hasta que al final fue martirizado.¹ La respuesta es un rotundo no. No satisface la explicación en el sentido de que el evento sucedido en el camino a Damasco haya sido un engaño.

¿Fue un encuentro con Cristo?

Los hombres han buscado explicaciones diferentes de las que se han enumerado anteriormente, pero han descubierto que la única que queda es que Pablo dijo la verdad literal de lo que ocurrió. Sir George Lyttelton (1709–73) al principio creyó que el testimonio de Pablo era un ridículo cuento. Esto fue lo que escribió:

[El apóstol Pablo] o fue un impostor, que dijo algo sabiendo que era falso con el propósito de engañar; o fue un entusiasta, que movido por una imaginación descontrolada, abusó de sí mismo; o fue engañado por el timo de otros, y todo lo que dijo debe ser atribuido al poder del engaño; o lo que declaró como la causa de su conversión, y como consecuencia de ello, realmente sucedió; y la religión cristiana es, por lo tanto, una revelación divina.²

Después de analizar la vida y palabras de Pablo desde todo ángulo posible, y de agotar toda explicación, Lyttelton llegó a la conclusión de que lo relatado por Pablo era cierto.

Conclusión

Fue necesaria una revelación milagrosa para que los profetas veterotestamentarios supieran tantos detalles puntuales acerca de la inminente venida del Mesías a la tierra. Las profecías de ellos fueron puestas por escrito cientos de años antes de Su llegada.

Es un hecho que una persona que afirmó ser el Mesías nació en Belén de Judea en la época de Augusto César (31 a. C. al 14 d. C.), y que el gobernador Poncio Pilato declaró que esa persona murió durante su procuraduría.

Además de los milagros que se le atribuyen como pruebas de lo que afirmó ser, Su estilo de vida también dio testimonio de Su autenticidad. Era Él la humildad personificada, alguien totalmente desprendido al vivir por los demás, y no procuró ambición personal alguna, salvo la de hacer la voluntad de Su Padre. Ninguno ha hablado ni vivido como Él. Su carácter, hasta donde los humanos pueden reconocer la Deidad, parece haber sido exactamente el que se esperaba de Dios.

La convicción de que el Jesús crucificado había vuelto a la vida, y de que la muerte no se enseñoreaba más de Él, se apoderó de algunos creyentes. Esta convicción entró en ellos repentinamente y era tan firme y tan significativa, que llegaron a ser predicadores de esa gloriosa convicción. Al mensaje que predicaban le llamaban el evangelio, es decir, la «buena nueva». Persuadieron a miles de personas para que aceptaran la creencia de ellos en el sentido de que Dios había venido y había vivido, hecho carne, entre los hombres.

¹ Lea Hechos 9.23, 29; 14.19; 16.23; 21.13, 30; 23.13; 2ª Timoteo 4.7–8.

² *Lord Lyttelton on the Conversion of St. Paul and Gilbert West on the Resurrection of Jesus Christ* (Lord Lyttelton habla acerca de la conversión de San Pablo, y Gilbert West, acerca de la resurrección de Jesucristo) (New York: American Tract Society, 1929), 468.

LA DEIDAD DE JESÚS Y LA INSPIRACIÓN DE LA BIBLIA

Si las evidencias prueban la deidad de Jesús, entonces se demuestra automáticamente que la Biblia tiene origen divino. Esto es así porque Jesús aprobó el Antiguo Testamento y Sus discípulos escribieron el Nuevo Testamento por Su autoridad. Si las palabras de ellos no son confiables, entonces el relato acerca de Jesús no tiene sustento. No obstante, si el relato acerca de Jesús no pudo ser inventado por estos hombres, y si estos hombres no eran la clase de personas que conspiran para hacer una falsificación si podían haber inventado el relato acerca de Jesús, entonces la deidad de Jesús tiene sustento. Si la deidad de Jesús tiene sustento, entonces los libros del Nuevo Testamento, que fueron escritos por la autoridad de Él, deben de tener inspiración divina.